

JOSEPH MOINGT

**DIOS QUE VIENE AL
HOMBRE**

I

Del duelo
al desvelamiento de Dios

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA

2007

Ouvrage publié avec le concours du Ministère français chargé de la culture - Centre national du livre.

Esta obra ha sido publicada gracias a la colaboración del Ministerio francés de cultura - Centro nacional del libro.

Cubierta diseñada por Christian Hugo Martín

Tradujo Miguel Montes del original francés *Dieu qui vient à l'homme I. Du deuil au dévoilement de Dieu*

© Les Éditions du Cerf, Paris 2002

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2007

C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España

Tlf.: (34) 923 218 203 - Fax: (34) 923 270 563

e-mail: ediciones@sigueme.es

www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-1637-9 (vol. I)

ISBN: 978-84-301-1636-2 (obra completa)

Depósito legal: S. 126-2007

Impreso en España / Unión Europea

Fotocomposición Rico Adrados S.L., Burgos

Imprime: Gráficas Varona S.A.

Polígono El Montalvo, Salamanca 2007

CONTENIDO

<i>Introducción</i>	9
---------------------------	---

I

EL DUELO POR DIOS

Sumario	31
1. La pérdida de la creencia	41
2. El repliegue de la religión	75
3. El pensamiento de Dios en tela de juicio	119
4. Del rechazo a la espera de Dios	171
5. Relectura: el levantamiento del velo	231

II

DESVELAMIENTO DE DIOS EN EL CUERPO DE CRISTO

Sumario	251
1. Revelación y Religión	259
2. Jesús, revelador de Dios	301
3. La tradición de la fe	383
4. Dios revelado en la fe en Cristo	451
<i>Índice bíblico</i>	493
<i>Índice onomástico</i>	495
<i>Índice temático</i>	501

INTRODUCCIÓN

Mi problema con Dios

Yo creo en Dios, puedo decir que existe: es el padre de Jesucristo.

¿Cuál es, entonces, mi problema con Dios? En una primera aproximación, justamente al emprender esta investigación, que es continuación y fruto de preguntas que me llevo haciendo desde hace ya mucho tiempo, responderé lo siguiente: poder dar cuenta de mi fe empleando los términos propios del conocimiento razonado, como ocurre con todo lo que afirmamos con certeza, apoyándonos en la experiencia o en el razonamiento o, preferentemente, cuando ello es posible, en ambos a la vez. Pero ¿a quién pretendo dar cuenta? Ante todo a mí mismo. Mi pretensión es responder de mi fe ante el discernimiento crítico de la razón. De acuerdo, pero ¿qué significa en concreto la puesta en tela de juicio de la fe respecto a la razón? ¿Supone esto decir que mi fe está insuficientemente asegurada por sí misma? ¿De qué otras seguridades tendría necesidad? Tal vez sea esa la cuestión previa que debemos resolver para probar la fiabilidad de esta investigación y, antes de ello, para aclarar su objeto exacto.

La fe cristiana, por definición, es el asentimiento dado a la Palabra de Dios recibida de una revelación consignada en unas Escrituras certificadas por tradición oral. Sería, por tanto, injurioso, recibir esta palabra con sospechas y pretender someterla a controles exteriores que dieran más certeza a lo que se cree. De momento, la cuestión no afecta al contenido de la revelación, sino a aquel que constituye su sujeto y su objeto principal, a aquel que se expresa y se da a conocer hablando. ¿Cómo sabemos que es Dios quien habla? La fe no procede de la audición de una palabra que Dios me dirige hoy; la recibimos de la tradición; ésta afirma que Dios habló antiguamente a Abrahán, a los patriarcas, que habló más tarde a los hombres por medio de Moisés, por los profetas y, últimamente, por Jesucristo. ¿Qué garantía tenemos de

ello? El concilio Vaticano I afirma que no faltan los signos ni los argumentos históricos de la revelación, aunque los creyentes se adhieren a ella expresamente a causa de la autoridad del Dios que habla. Sin entrar en las sutilezas de un debate teológico, admitamos *a priori* que estos signos no son pruebas ni proporcionan una evidencia inmediata; de lo contrario, la fe no se discutiría; admitamos incluso que, antes de adherirnos a una palabra transmitida de parte de Dios, deberíamos tener la seguridad de que Dios existe, y examinar cómo puede hablar Dios y cómo podemos comprender nosotros lo que dice.

¿Sería, entonces, la fe, por esencia, incierta y ciega? Vieja cuestión, sobre la que los primeros teólogos discutían ya con los filósofos de cultura griega, para quienes toda creencia formaba parte de la «opinión» y no de la «ciencia». Vamos a contentarnos, una vez más, en esta primera aproximación al problema, con una respuesta preconcebida («préju-gée»). La fe en Dios es de orden existencial y está relacionada con un acontecimiento de orden cronológico, como el encuentro con alguien que nos inspira confianza y autoridad, sin vacilación posible. La fe toma, por consiguiente, su certeza de sí misma, de la experiencia de una comunicación interior mediante la que Dios se hace reconocer por aquel que, recíprocamente, se abre y se entrega a él. Cuando me adhiero a la fe, una fe que recibo de la tradición y que me dice que Dios ha hablado por Jesucristo, tengo la sensación de que Dios me dirige hoy su palabra a mí mismo. ¿Dónde debemos catalogar esta fe, experimentada a través de una sensación, en el orden racional o en el irracional? La episteme de nuestro tiempo nos invita más bien a evitar estas distinciones excesivamente tajantes y sospechosas por lo general. Si la fe da sentido a mi vida, me parece que está de acuerdo con mi ser racional, y tanto más por el hecho de que me la apropio cada vez más, y ¿con qué derecho me iban a convencer de lo contrario?

Con todo, queda que, para consentir de manera adecuada a la racionalidad de mi fe, experimento la necesidad de expresarla a través de un discurso universalmente comunicable. Ahí empieza tal vez el problema. ¿No querría yo, hablando de una manera hipotética, que todo el mundo comparta mi fe so pena de no poder tenerla ya por verdadera? No. La observación de una diversidad tan enorme de creencias y de incredulidades me convence fácilmente de la imposibilidad práctica, si no teórica, de llegar a semejante resultado. ¿Debería poder comunicar a otros, al menos, mis razones para creer, a fin de asegurarme de la racionalidad de mi fe? ¿Para asegurarme de que tengo razón al creer o de que creo razonablemente? La sutileza de la gramática oculta aquí una verdadera cuestión: en el primer caso, me sitúo en el plano de la posibilidad de una demostración objetiva; en el segundo, me

atengo a la subjetividad del acto de creer y afirmo, con modestia, que no es algo irreflexivo. En el primer miembro de la alternativa, pronto me daría cuenta de que no es posible transmitir la fe mediante argumentos racionales, pues ésta supone un compromiso personal y un encuentro con Dios; en el segundo, no intentaré imponer mis convicciones, aunque no por ello, sin embargo, estaré dispensado de indicar sus motivos.

Cualquier individuo reflexivo admitirá fácilmente que, sea cual sea la convicción de que se trate, no puede tener razón si no la comparte más que él. Sin embargo, no tiene que sentirse obligado a abandonar sus convicciones si no encuentra a ninguna persona cualificada para compartirlas. Ahora bien, no podrá persuadirse de que se adhiere razonablemente a ellas si es incapaz de expresarlas y de sostenerlas ante un interlocutor o si le falta el valor para hacerlo. Así es la estructura de nuestra racionalidad, una racionalidad que no consiste en la sola capacidad de pensar y argumentar en sí misma, sino que requiere el paso al discurso y a la búsqueda de un interlocutor. En definitiva, la primera finalidad del discurso no es imperialista: someter a los otros a nuestros propios pensamientos, o sacar a escena el vigor de nuestros razonamientos o de nuestras convicciones; está destinada más bien a un uso interno y atestigua más bien la fragilidad de todo pensamiento que se siente solitario: necesitamos menos la aprobación del otro que tomarlo como testigo de nuestro esfuerzo por pensar como es debido; lo necesitamos para convencernos a nosotros mismos de la coherencia reflexiva de nuestro pensamiento.

Con la fe no ocurre algo distinto. La fe no puede recibir verificaciones y justificaciones exteriores a ella misma. En consecuencia, si se pone en forma de discurso, no es para darse razones, y menos aún para imponerlas a otros, sino para probar su fuerza y mostrar cómo es el asentimiento de la razón propio de la interioridad del acto de creer. La fe, precisamente porque no reposa sobre evidencias ni sobre demostraciones, corre el peligro de convertirse en mera opinión, en simple creencia, en sentimiento irreflexivo cuando deja de hablarse a sí misma o de dar testimonio de sí ante otros. Ésta podría ser la primera motivación de la investigación sobre Dios que emprendo aquí.

Su primer objetivo no será demostrarme a mí mismo que Dios existe, puesto que creo por adelantado en él por revelación; tampoco intentar demostrarlo a quienes no creen en él, para que crean a partir de mi discurso. Son ya muchos los filósofos y los teólogos que se han dedicado a construir tales demostraciones, cosa que no ha impedido la difusión de la incredulidad; y no porque sus argumentos carecieran de

peso o sus lectores de inteligencia para apreciarlos, sino porque Dios no es un objeto del mundo cuya existencia pudiera ser probada por la experiencia o por razones necesarias. Por el mismo motivo, aunque en sentido inverso, algunos filósofos han hecho grandes esfuerzos, dotados de auténtica inteligencia, para probar que Dios no existe, sin conseguir impedir que se mantuviera la creencia en él. Se cree en Dios antes de cualquier demostración, su creencia subsiste sin necesidad de recurrir a ella, y cuando se pierde, rara vez se debe a la fuerza de un discurso contrario. Dios es el socio de la historia humana; no se le encuentra a la manera de un objeto del que se constata su existencia o inexistencia; se le encuentra a la manera de un interlocutor histórico del hombre cuya presencia o ausencia se experimenta. Presente o ausente, Dios se cuenta: a primera vista, éste es el acercamiento que parece convenir al problema de Dios, un problema que, por consiguiente, tiene que ser «contado» más que «tratado».

Este método resulta todavía más necesario cuando se trata del Dios de la revelación judía y cristiana, que se ha tenido lugar a lo largo de una historia. Podría dar la impresión de que nos despedimos de la razón en cuanto hablamos de revelación. En realidad, ese es el momento en que una fe que se quiere razonada, es decir, que intenta, como ya hemos precisado antes, probar su racionalidad, debe mostrarse más vigilante. El Dios que se revela se deja ver y oír a través de un discurso que habla de él mostrándole en acción y haciéndole hablar en la historia de un pueblo o de algún hombre. ¿Cómo podemos, entonces, llevar a cabo un control racional de lo que se nos presenta como una intervención de Dios en actos o en palabras? Jamás se ha llevado a cabo una verificación del acontecimiento referido, ni tampoco es posible realizarlo hoy mediante los procedimientos científicos de la historia. Los fenómenos maravillosos y otros testimonios que se supone deben acreditarlo pertenecen ellos mismos al relato; la tradición del pueblo que difunde el relato también forma parte del mismo, y la firma de Dios puesta en los libros santos no hace más que atestiguar su recepción por el pueblo heredero de esta tradición. No es posible proceder a una verificación del relato más que desde el interior del mismo, si es que conseguimos implicarnos en él y comprender cómo ha conseguido ser considerado como revelación de Dios y cómo puede serlo todavía hoy por aquellos que no forman parte de sus destinatarios históricos. El control no se ejerce directamente sobre el acontecimiento referido, ni siquiera –y ello con suma dificultad– sobre la redacción del relato, sino sobre su lectura; depende de una hermenéutica ejercida sobre la subjetividad de la recepción creyente del relato y no sobre la objetividad de los hechos. La racionalidad del control consiste en

explicar la razón de que alguien se sienta implicado en el relato hasta el punto de realizar, siguiendo unas modalidades completamente diferentes, la misma experiencia de Dios que la que en él se cuenta. La revelación de Dios se expone a la luz del juicio crítico dejándose contar como la historia de la fe en ella.

Al principio de esta historia se encuentra el relato de un acontecimiento que, sin réplica posible, no ha tenido ningún testigo: el de la creación de nuestro universo. Antes de toda demostración metafísica de la necesidad de un acto originario, como prueba de la existencia no menos necesaria de Dios, fue contada la creación como la hazaña de un ser divino, y lo ha sido en todas las tradiciones religiosas del mundo. La Biblia la sitúa en el comienzo de un relato de salvación como base de la constitución de un pueblo y de su historia. La fe en el Dios creador y unificador teje el vínculo del individuo con su hábitat y con su comunidad, integra el espacio en el tiempo de la historia, al hombre en su sociedad natural, a la manera de un entorno protector. Esa fe es tan fundamental –en el sentido de primitiva y de estructural– como la relación con el espacio y con el tiempo. Por esa razón no se le puede asignar un sitio al cabo de una demostración racional o histórica: esa fe se mantiene por debajo, en el ámbito de las iniciativas inaugurales, de las redes significantes constitutivas de la racionalidad. Razonar la fe en Dios es aceptar que ocupe un lugar en una historia a la que ella misma da sentido.

Al final de esta historia, según la fe cristiana, está Jesús, conclusión de la revelación de Dios a la humanidad, pero, en cierto sentido, también recomienzo, pues Dios no le habla desde fuera, sino en él, en quien se hace presente en persona. La dificultad que entraña dar razón de la fe en Dios se redobra cuando la referimos a su revelación en Jesús, en la medida en que Dios se acerca al hombre y se muestra a él, y en la medida en que parece desafiar la identidad que nuestra razón le asigna, *transformándola* en una figura del mundo y en un momento del tiempo, sin que esta revelación interrumpa sus pretensiones a la universalidad y a la unicidad. La racionalidad de la fe se ve remitida, de nuevo, al sentido de la historia, es decir –en el momento en que nos encontramos de nuestra investigación–, al sentido que podemos reconocerle cuando Dios viene a reclamar su sitio en ella, si nosotros se lo concedemos.